



REPENSAR LA «PANDEMIA»  
A PARTIR DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

**Luis Felipe Navarrete Nossa, S.J.**

# Repensar la «pandemia» a partir de los Ejercicios Espirituales

Luis Felipe Navarrete Nossa, S.J.\*

## Introducción. ¿Desde dónde miramos lo vivido?

**Repensar la «pandemia» a partir de los Ejercicios.** Así he titulado mi intervención para este simposio<sup>1</sup>. Muchos otros títulos hubieran sido posibles, y el número reciente de la revista *Manresa* es un buen ejemplo de la gran diversidad de formas en que podemos poner a dialogar esta tradición espiritual que forma parte de lo que somos y la situación por la que estamos atravesando durante este año tan peculiar.

«No quedar atrapados por el miedo y por los ídolos», «Creer en Dios en tiempos del Covid-19», «Se nos había olvidado sufrir: claves ignacianas para acercarse a la crisis del Covid-19», «Los jesuitas en las epidemias, entre la incertidumbre y la dificultad» son algunos de los títulos que nos ofrece la revista que acabo de mencionar<sup>2</sup>. Evidentemente, la *Revista Manresa* no es la única que plantea y desarrolla estas temáticas que correlacionan espiritualidad y tiempo presente<sup>3</sup>; desde el comienzo de esta Pandemia, creyentes y no creyentes han tenido que recurrir a una gran variedad de recursos de sentido disponibles para comprender la transición (o transiciones) en las que vivimos. Basta con mencionar la diversa y velozmente publicada selección de artículos de prominentes pensadores contemporáneos, recogidos en *Sopa de Wuhan*. «La invención de una epidemia», «El coronavirus como declaración de guerra», «La emergencia viral y el mundo del mañana» son algunos de los títulos con los cuales Agamben, Byung-Chul Han, Judith Butler, entre otros, buscan arrojar sentido o alguna luz sobre el tiempo presente<sup>4</sup>.

Celebro todas estas reflexiones; algunas de ellas también me han ayudado a irme formando una idea del tiempo que vivimos. Todas ellas son manifestación de una necesidad vital humana, que consiste en dar sentido a los fenómenos que constituyen nuestra existencia histórica. Sería más fácil si los hechos nos mostraran, de modo evidente, claro y distinto, el sentido que tienen para nosotros, un sentido que sería reconocido por todos, innegable, no sujeto a discusiones o, mucho menos, a polarizaciones. Ciertamente, sería más fácil, pero no sé si eso sería más humano. Lo humano es tomar alguna posición ante los hechos, mirarlos de un cierto modo, incorporarlos en una visión de mundo que es personal (no necesariamente individual o solitaria). Los hechos se convierten en *fenómenos* cuando

---

\* Profesor de teología de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, y Director del *Centro de Formación Teológica*, de la misma Facultad. Licenciado en Filosofía, Universidad Javeriana; pregrado y maestría en Teología en Inglaterra (Heythrop College, y Universidad de Oxford). Candidato a doctor en teología por el Centro Sèvres, Facultades Jesuitas de París.

<sup>1</sup> Esta reflexión que se ofrece ahora al lector es la conferencia dada en el *XX Simposio de Ejercicios Espirituales*, organizada por el CIRE (Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios), el Centro de Pastoral y la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. El Simposio se ofreció por vía remota, el 31 de julio del 2020. Es necesario tener en cuenta el contexto que dio origen a este escrito. Las ideas que aquí encuentra el lector fueron desarrolladas oralmente. Al no querer atiborrar a los oyentes con citas o con nombres de autores, este texto tiene poco aparato crítico. Lo ofreceré en algunas ocasiones. He conservado la primera persona en la redacción, y un cierto estilo oral en la escritura; me dirijo a los lectores como oyentes.

<sup>2</sup> *Manresa*, Revista de Espiritualidad Ignaciana, Vol 92, (364 Julio–Septiembre 2020).

<sup>3</sup> Puede verse al respecto la reciente publicación con variedad de artículos, cuyo prólogo elabora el PAPA FRANCISCO. *Dios en la pandemia. Ser cristianos en tiempos de prueba*. Walter Kasper & George Augustin (eds.). Editorial Sal Terrae, Grupo de Comunicación Loyola, 2020.

<sup>4</sup> AUTORES VARIOS, *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, Editorial ASPO. Edición a cargo de Pablo Amadeo. Marzo 2020.

los interpretamos, cuando a lo dado por el mundo, vinculamos lo que nosotros mismos traemos en términos de historia personal, de pasiones, de perspectivas, de intereses, de prejuicios.

Por eso, una de las preguntas que nos tendríamos que plantear a diario, y sobretodo ahora, es la siguiente: ¿desde dónde estoy comprendiendo el sentido del tiempo presente? Fíjense que digo «el tiempo presente» y no –todavía– «Pandemia», «Covid», «emergencia viral», «crisis». Digo sólo «tiempo presente», porque en cada una de estas palabras que acabo de mencionar ya se le está imprimiendo una dirección al pensamiento. Esto, creo, es inevitable, pero tendría que ser una actitud consciente. Al darle una orientación al pensamiento, estamos dejando de lado otras posibles rutas. Por eso, de nuevo, pregunto: cuando converso con otros sobre lo que está sucediendo, cuando escribo sobre esto que nos pasa, cuando oro, cuando leo tanto de lo que se ha escrito sobre las circunstancias actuales, ¿qué tipo de interpretaciones estoy prefiriendo? ¿Desde dónde miro la diversidad de emociones y de pensamientos que han ido surgiendo a raíz de lo vivido? ¿Cuál es mi posición cuando otros me narran sus experiencias y sus opiniones?

Con esta introducción aclaro pues el sentido del título que he querido darle a mi intervención: Repensar la «pandemia» a partir de los *Ejercicios*. Digo «repensar» simplemente porque no debemos dar por terminada ninguna de las interpretaciones que se ofrecen actualmente; algunas de ellas nos parecerán más justas, iluminadoras que otras, pero sigue siendo un desafío el trabajo que implica tomar posición ante los fenómenos de nuestra existencia histórica. Y pongo énfasis en el «pensar» no como contrapuesto al «vivir» o al «experimentar y sentir». Asumo más bien el «pensar» como una operación humana mediante la cual desarrollamos el lenguaje. Pensar no es sólo argumentar o demostrar. Pensamos también cuando oramos y cuando celebramos.

En mi título, «pandemia» aparece entre comillas, pues con ello quiero mantener cierta reserva o cautela al emplear ese término cuando nos referimos a la compleja realidad que se ha desencadenado a raíz de la crisis sanitaria. Actualmente, «pandemia» no significa solamente lo que de modo habitual atribuimos bajo ese concepto: «Enfermedad epidémica que se extiende a muchos países o que ataca a casi todos los individuos de una localidad o región». Hoy acudimos al término «pandemia» para referirnos también a las dimensiones sociales, económicas, políticas, incluso culturales que se han desencadenado a raíz de la crisis sanitaria. Podríamos incluso decir que nos referimos a las problemáticas que se han visibilizado, pues ya formaban parte de la vida social, y que se han intensificado. La realidad que vivimos ha resultado ser tan compleja e impactante, que nos ha cogido cortos para poder nombrarla con una sola palabra. Por eso recurrimos al término «pandemia», aunque él sea inadecuado. Para insistir en esa multidimensionalidad de lo que vivimos, algunos hablan justamente de pandemia social.

Lo más importante del título es ciertamente la locución preposicional: «a partir de». Ella remite a las preguntas que planteaba al comienzo: ¿desde dónde estoy comprendiendo el sentido del tiempo presente? Cuando converso con otros sobre lo que está sucediendo, cuando escribo sobre esto que nos pasa, cuando oro, cuando leo tanto de lo que se ha escrito sobre las circunstancias actuales, ¿qué tipo de interpretaciones estoy prefiriendo? ¿Desde dónde miro la diversidad de emociones y de pensamientos que han ido surgiendo a raíz de lo vivido? ¿Cuál es mi posición cuando otros me narran sus experiencias y sus opiniones?

## Los Ejercicios como una pedagogía que educa la mirada

Los *Ejercicios espirituales*, ese conjunto de prácticas que un creyente lleva a cabo para ordenar su propia vida, para elegir según criterios evangélicos, para cultivar la unión con Dios, esas prácticas proponen un camino de *transformación de la percepción*, hasta el punto en que quien lo ha recorrido, puede ver toda la realidad con ojos nuevos, y distintos. Esta es la tesis que quiero desarrollar. Hasta el momento he querido no obstante insistir en la importancia de la mirada con la cual acogemos (o rechazamos) las dimensiones de sentido de los acontecimientos.

Esa tesis podría desarrollarse de modo más específico, del siguiente modo:

- a. Por medio de las prácticas espirituales propuestas por los *Ejercicios*, podemos aprender a *acoger, desde la gracia*, todo aquello que en la vida se presenta como indeseable.
- b. Por medio de las prácticas espirituales propuestas por los *Ejercicios*, podemos aprender a *discernir diversos tipos de presencia* de Dios en los acontecimientos, incluso en aquellos en los que «la divinidad parece esconderse».
- c. Por medio de las prácticas espirituales propuestas por los *Ejercicios*, podemos aprender a *acompañar a otros* en sus propios procesos de aprendizaje y crecimiento en la vida de fe, esperanza y caridad.

Al inicio de cada una de estas tesis se dice «por medio de las prácticas espirituales propuestas por los *Ejercicios*». Antes de ahondar en el sentido de esas tesis, permítanme explicar lo que quiero decir con esa frase inicial. Ya todos lo sabemos, pero quiero insistir: el libro de los *Ejercicios* no es un catecismo (y esto lo digo sin querer demeritar los catecismos; ellos pueden cumplir una función importante en la vida de fe). Los *Ejercicios* ciertamente contienen verdades fundamentales de la fe, que incluso podríamos llamar Dogmas: somos creaturas; el mundo ha sido creado por amor; Jesús es la encarnación de la segunda persona de la Trinidad, enviado al mundo por nuestra salvación; aunque la salvación de nuestra alma es un don gratuito, nosotros colaboramos en su realización incluso en esta historia humana. He aquí algunas de las proposiciones de fe (dogmas) que se contienen en los *Ejercicios*; sin embargo, los *Ejercicios* no las ofrecen como proposiciones para ser aprendidas (y mucho menos repetidas). Los *Ejercicios* las contienen cuando proponen ciertas prácticas espirituales que deben desarrollarse, aunque con flexibilidad y adaptación. Los *Ejercicios* proponen prácticas que de manera dinámica conjugan: verdades de fe, situación existencial del que hace los ejercicios, despliegue de los sentidos y de la imaginación, conversación espiritual. Esas verdades de fe nunca aparecen aisladas, sino al interior de un complejo dinámico cuya finalidad es la transformación de la persona.

Si estamos de acuerdo con que los *Ejercicios* nos proponen prácticas, quiero decir algo adicional: los *Ejercicios* son prácticas mediante las cuales reconocemos y desarrollamos ciertas habilidades, la mayoría de ellas relacionadas con la percepción. Cuando queremos examinar hasta dónde los *Ejercicios* están transformándonos, podemos comenzar identificando las habilidades que se quieren potenciar a través de las prácticas propuestas en los *Ejercicios*. Sin duda, los *Ejercicios* nos transforman «interiormente», pero ese «interior» tiene que ver con nuestro «exterior», es decir, con la manera como apreciamos, valoramos, tomamos distancia, críticamente, del mundo, o

lo acogemos favorablemente como mediación de la gracia divina. Comprender los *Ejercicios* es pues comprender los modos a través de los cuales el sujeto es capaz de reconocer y desarrollar ciertas habilidades.

Así pues, por medio de las 3 tesis enumeradas más arriba, estoy queriendo decir: los *Ejercicios* nos ayudan a reconocer y desarrollar al menos 3 tipos de habilidades: **existenciales, teológicas y pastorales**. Existenciales porque nos capacitan para acoger, desde la gracia, todo lo que en la vida se nos presenta como indeseable; teológicas, porque nos capacitan para reconocer una diversidad de presencias de Dios en el mundo (incluso las presencias «escondidas»); y pastorales, porque nos capacitan para acompañar a otros en sus propios procesos de aprendizajes. Por cuestiones de tiempo y de espacio, quiero a continuación desarrollar la primera de ellas<sup>5</sup>.

### Aprender a acoger, desde la gracia, lo indeseable

En este título se expresa la primera habilidad en la que quiero poner la atención. Bajo la expresión «lo indeseable» estoy incluyendo toda una serie de situaciones, muy distintas entre sí, pero semejantes porque preferiríamos no experimentarlas, o las reconocemos incluso ajenas al plan divino. Me estoy refiriendo a situaciones tales como el desastre, la muerte, el pecado, la desolación, el miedo, la incertidumbre. Repito: estas situaciones son muy distintas entre sí. De ningún modo quiero decir que el «pecado» es lo mismo que la «desolación», o que la «muerte». Las he agrupado bajo el término genérico de «lo indeseable» porque uno de los rasgos que caracterizan esta pandemia es, creo yo, su índole «indeseable», no sólo por su origen en un virus causante de enfermedad y muerte, sino por todas las otras problemáticas de índole social y económico que ha visibilizado, intensificado o desencadenado.

Esta pandemia, sin duda, ha traído enfermedad y muerte a algunos, y un gran dolor a aquellos que ni siquiera se han podido despedir apropiadamente, o celebrar incluso ese paso, aunque con dolor, a la casa del Padre; pero han sido muchos más los que han visto sus modos de vida afectados por el desempleo y la inequidad socio-económica que ya llevaba muchos años echando raíces en nuestras sociedades. Para algunos, esta pandemia ha representado la ocasión propicia para enriquecerse a costa de dineros públicos, exacerbando el pecado de la corrupción. Nuestros modos de relación cotidiana se han visto afectados por la distancia física, corporal, sensorial, haciéndonos pensar (o tal vez experimentar) que el confinamiento es también aislamiento. Y no sabemos a ciencia cierta cuáles serán las dinámicas que adopte esta pandemia o sus efectos a largo plazo. Vivimos en una cierta incertidumbre. Al emplear el término «pandemia» para referirnos a la situación actual, lo estamos haciendo conscientes de que la descripción de lo vivido no se puede reducir a tan sólo uno de sus aspectos: los problemas relativos a la sanidad pública.

¿Cómo entonces las prácticas promovidas por los *Ejercicios* nos ayudan a acoger las múltiples dimensiones de lo indeseado y lo adverso en esta situación que vivimos? Para decirlo brevemente, diría yo que uno de esos conjuntos de habilidades que desarrollamos con los *Ejercicios* son las de: *nombrar lo adverso, reconocerlo en sus justos o apropiados límites para así inscribirlo en un horizonte dominado por la gracia*.

<sup>5</sup> Para continuar la reflexión, ahondando en la segunda tesis: «discernir diversos tipos de presencia de Dios», puede consultarse el artículo de LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ, S.J., «Tercera Semana de Ejercicios y pandemia». Y para la tercera tesis: «acompañar a otros», pueden verse el artículo de RUIJIO MEANA PEON, S.J., «Acompañar la impotencia ante el sufrimiento para vivir en plenitud», y los dos breves escritos en *Ayudas para dar Ejercicios*: «Discernir en el dolor» (ALBERTO CANO ARENAS, S.J.) y «Acompañar en el dolor» (BORJA MIRO MADARIAGA, S.J.). Todas estas en la Revista *Manresa* a la que ya he hecho alusión.

Ahondemos en esta posición: con los *Ejercicios*, perdemos una especie de ingenuidad optimista sobre nuestra propia vida y realidad circundante. Desde la primera semana, somos invitados a mirar desnuda y honestamente el pecado social y personal, y a compartirlo con alguien más, sea el confesor o el acompañante. Y sabemos que no sólo es cuestión de comprender sus causas, sus manifestaciones, su raíz; es también cuestión de trabajar a nivel de la afectividad y sensibilidad, para *sentir disgusto*. Pero, además, y también desde la Primera Semana, somos invitados a mirar cómo el pecado personal y social afecta a otros, causando dolor y muerte. Por eso se nos invita a contemplar a Cristo en cruz, ya desde la Primera Semana. No basta con pensar que fueron otros los causantes de la injusticia, violencia y muerte de Jesús. Cada uno está implicado y es corresponsable. Vuelvo a decir: con los ejercicios propuestos, perdemos una especie de ingenuidad optimista que sólo ve lo bueno, y que minimiza o ignora el mal causado en el mundo por nuestra libertad.

Pero a esa ingenuidad optimista que se pierde, ganando en realismo honesto, debemos añadir la esperanza activa que nos evita caer en la tentación de un pesimismo que se estanca en el mal reconocido, y que termina justamente inmovilizando a la persona. Al pecado personal y social, al mal en el mundo traído por nuestra libertad, se los despoja de su poder de tener la última palabra. Esta verdad teológica fundamental, que el apóstol Pablo, por ejemplo, formula bellamente en aquella expresión: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia», es apropiada e incorporada existencialmente a través de la pedagogía propuesta por los *Ejercicios*. No basta el honesto reconocimiento del pecado personal y social, su variedad de efectos, y la raíz de donde emerge; no basta con escuchar las palabras de perdón «no te condeno, vete y no peques más». Ya desde el inicio del itinerario, y no sólo allá en la Segunda Semana, quien lleva a cabo los *Ejercicios* es invitado a formularse aquella triple pregunta: ¿qué he hecho, qué hago y qué haré por Cristo? No sólo es la esperanza en un Dios que es «lento a la cólera y rico en piedad» la que me saca de la confusión que puede producir contemplar el mal en el mundo; es también la esperanza en mí mismo, en quien lleva a cabo los *Ejercicios*, la que hace posible que me pueda formular esa triple pregunta. El pecado reconocido no ha tenido la última palabra, porque todavía es necesario que quien ora vaya madurando una nueva palabra que tiene que ver con la acción; y no con cualquier acción puntual, sin efectos duraderos; más bien se tratará de ir madurando (discerniendo) una acción (o acciones) que sean la expresión de las opciones fundamentales de la persona.

He mencionado pues dos movimientos simultáneos que se dan durante los *Ejercicios*, y cuyo dinamismo comienza en la Primera Semana. El movimiento que implica la mirada honesta, cruda y sin adornos, sobre el mal personal y colectivo que emerge por nuestra libertad humana, movimiento que nos despierta de un posible optimismo ingenuo; y el movimiento que no nos deja caer en el pesimismo paralizante, sino que al contrario nos impulsa a esperar en Dios, y en nosotros mismos, trayendo al primer plano la posibilidad de otro mundo, de otro mundo que no caerá del cielo como por arte de magia, o que vendrá después de que este mundo perezca, sino que será el fruto de nuestras decisiones discernidas. Esto se dice fácil, pero para quien hace los *Ejercicios*, estas no son afirmaciones que se dicen, sino convicciones que orientan la marcha de la vida cotidiana. Por esto decía que los *Ejercicios* desarrollan un cierto tipo de habilidad existencial ante lo adverso; los *Ejercicios nos permiten nombrar lo adverso, reconocerlo en sus justos o apropiados límites para así inscribirlo en un horizonte dominado por la gracia*.

## Acogiendo la desolación

Pero *lo adverso e indeseable* no se agota en el pecado, como ya lo dije hace un momento. Miedo, desolación, sensación de aislamiento, incertidumbre, angustia; esto y otras experiencias afines forman parte de nuestra vida, y se habrán hecho sentir durante esta pandemia. Todo ello tiene derecho a existir, y los *Ejercicios* nos ayudan también a hablar de ello, sin maquillajes, a narrarlo como parte de una historia más amplia, a intuir sus causas, a esperar sin precipitar soluciones rápidas. Pero sobretodo, y en esto quiero enfatizar, los *Ejercicios* nos invitan a asumir todas estas experiencias tan humanas como una ocasión para estrechar los vínculos con quienes amamos. Pensemos un momento en lo que nos sugiere el texto de los *Ejercicios* con respecto a la desolación.

Parece un contrasentido lo que dije: que la desolación puede ser asumida como una ocasión para estrechar los vínculos con quienes amamos; digo que puede parecer un contrasentido, por la misma definición que da el texto de los *Ejercicios*:

*Llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. (317. 4ª regla, Primera Semana).*

Pero esta definición es precisa, y al mismo tiempo cauta; nos dice que la desolación nos hace creer, nos hace pensar, que estamos «como separados» de nuestro Criador y Señor; es así, a través de estos pensamientos, que el mal espíritu nos quiere sumergir en la oscuridad del ánimo. De ahí que llamar a la desolación por su nombre, en sus justos límites, nos permite ir reconociendo la índole aparente de la separación. Con la desolación se siente uno *como si* estuviera apartado, *como si* se hubieran desvanecido los vínculos que nos sostienen, *como si* ya no tuviéramos relación con los amados. Pero todo esto es un «como si», y los *Ejercicios* nos invitan a expresarnos así. Ese «como si» lleva al mismo tiempo la sospecha, la intuición, de que las cosas no son realmente así, aunque en el momento la experiencia parezca sugerirnos otra cosa.

Pero, además, las recomendaciones que el texto de los *Ejercicios* ofrece para poder trabajar la desolación, todas ellas -a mi juicio- no hacen sino insistir una y otra vez en la necesaria e inquebrantable comunión entre Dios y la persona. Por una parte, atención: la desolación no es momento espiritual adecuado para tomar decisiones, sobretodo para deshacer decisiones ya tomadas y que habían sido discernidas. Aunque nos parezca que estamos separados, de Dios y de los demás, los *Ejercicios* nos invitan a mantener vigentes aquellas decisiones que han sido tomadas para mejor entregarnos. En segundo lugar, se nos recomienda: si estamos en desolación, sintiéndonos «como separados», hagamos entonces ejercicios que nos ayuden a estrechar los vínculos:

*Aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia (319. 6ª. regla primera semana).*

En tercer lugar, se nos invita a considerar dos realidades fundamentales: por un lado, nos dice que consideremos la fuerza que aún tenemos –aunque no nos parezca evidente cuando estamos en desolación– para resistir contra esos pensamientos y tentaciones que

nos hacen creer que estamos separados y sin fuerzas. Sin duda, hay fuerza y gracia divina, que se siente de modo intenso, cuando nos sentimos amados, reconocidos, celebrando la vida con otros, especialmente con los amados. Pero Ignacio nos dice en su texto de *Ejercicios*: cuando estas experiencias de gozo intenso no están presentes, ten en cuenta que Dios te ha creado de tal manera, concediéndote «potencias naturales» a través de las cuales Dios comunica una gracia divina que es suficiente para que no sucumbas a la tentación presente en la desolación (Cfr. 320, 7ª. regla). Esta es la primera realidad fundamental: nada te puede separar del amor de Dios; nada puede robarte la fuerza para hacer frente a la desolación.

La segunda realidad fundamental: todas nuestras experiencias están marcadas por la temporalidad; la consolación es temporal, y una prueba de ello es que quien atraviesa la desolación, no la experimenta. Pero si la consolación es temporal, también lo es la desolación. Ignacio propone que el acompañante le pida a quien atraviesa la desolación que piense en que el momento de la desolación pasará y en que será prontamente consolado si se dispone con paciencia a trabajar, cultivando aquellas prácticas espirituales que nos recuerdan que no estamos solos ni apartados como en ocasiones nos parece.

## **Abrazar la Cruz de Cristo**

En ninguna otra experiencia se insiste tanto en que lo adverso e indeseado puede ser la ocasión para estrechar los vínculos, como cuando los *Ejercicios* proponen contemplar la pasión y muerte de Cristo, en la Tercera Semana.

¿Cómo puede la muerte, que aparentemente no significa sino separación y ruptura, hacerme sentir unido, muy unido, a Dios y a los demás? Podemos hacer muchas reflexiones sobre ello, pero los *Ejercicios* no nos las proponen. Los *Ejercicios* más bien nos ayudan a desarrollar una cierta empatía inteligente o lúcida empatía que nos permite conectarnos en primer lugar con la pena, dolor y quebranto de Cristo; quien sufre es alguien a quien amo. Pero, además, este sufrimiento del otro que pido experimentar, tiene un motivo y una finalidad que es necesario que quien se ejercita pueda reconocer y advertir. Por eso hablo de «lúcida empatía»; no será sólo cuestión de comunicación de emociones, sino de la paulatina emergencia de un saber y de una claridad. Lo que se pide en la tercera semana es «dolor... quebranto... lágrimas... pena interna...» y ello, «porque por mis pecados va el Señor a la pasión», y por «tanta pena que Cristo pasó *por mí*» (193, 203). No se trata tanto de ahondar en las causas históricas, sociológicas, culturales de la muerte de Cristo; esto es importante, pero no tanto como el motivo teológico: en la pasión y muerte de Cristo, Dios se dirige a mí con un amor que no tiene límites, con un amor capaz de dar la vida, a fin de que yo abra los ojos a la vida genuina, a fin de que despierte y deje de estar dominado por el egoísmo, creyéndome más que los demás, o menos de lo que soy de modo auténtico: hijo y hermano. Esto, a grandes rasgos, es lo que va sucediendo a través de los ejercicios propuestos en la Tercera Semana.

¿Pueden estos ejercicios espirituales prepararnos, ayudarnos a desarrollar habilidades para acoger el dolor, la enfermedad y la muerte que se han tornado tan manifiestos y cotidianos en esta pandemia? Evidentemente quiero responder de modo afirmativo, pero ello depende de quién sea Cristo para nosotros, de los rostros y situaciones humanas que podamos asociar a su persona, a su pasión y a su destino. Muy difícilmente los *Ejercicios Espirituales* nos ayudarán a desarrollar una lúcida empatía con respecto a nuestros contemporáneos, si bajo la expresión «Cristo» entendemos sólo al individuo que vivió hace poco más de 2000 años en Palestina. Pero



si a las historias de la pasión de Cristo puedo asociar las historias de la pasión del presente, entonces los lamentos que hoy escucho, los dolores que hoy acojo, la enfermedad que hoy padezco o que hoy presencio, todo ello puede ser la ocasión para abrazar la Cruz de Cristo, y ante esa Cruz responder de modos muy concretos la triple pregunta: ¿qué he hecho, que hago y que voy a hacer por Cristo? O como lo dijo el Papa Francisco, en su mensaje *Urbi et Orbi* el 27 de marzo: abrazar la Cruz, «es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando ... nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar».

### Conclusión

Otro modo de habitar la pandemia es posible, pero ello no se logra de la noche a la mañana; ese otro modo de habitar, que es también otro modo de pensar, supone habilidades cuyo desarrollo exige ejercitación. Los *Ejercicios*, que no son un catecismo, contribuyen a desarrollar la creatividad, la imaginación, la sensibilidad, la capacidad de narrar los propios procesos vitales, la mirada honesta hacia sí mismo, la mirada realista y esperanzada con respecto a los acontecimientos. Todo esto, ciertamente, desde Dios, desde la riqueza de esta tradición religiosa que llamamos cristianismo. Pero no son las verdades de la fe las que nos transforman, si esas verdades se mantienen en su forma de enunciado. Los *Ejercicios* hacen pasar esos enunciados a convicciones, y por lo tanto los convierten en las guías que orientan nuestra percepción sobre la totalidad de sucesos.